Las vueltas de Octavio Paz

Por Tomás Eloy Martínez

8

Domingo 15 de diciembre de 1991

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de **Página/12**

Editor: Tomás Eloy Martínez

INSTRUCCIONES PARA DESCUBRIR A LEONARD COHEN

Una de las más escurridizas leyendas de la poesía, la música y la literatura de nuestros tiempos comienza a ser justamente reconocida por diferentes artistas jóvenes como decisivo factor de inspiración a la hora del fin de siglo. **Rodrigo Fresán** revela el perfil del multifacético **Leonard Cohen** en las páginas 2 y 3.

SOY TU HOMBRE

Maldita biblioteca

Por Patricia Kolesnicov

6

Belgrano Rawson y los fuegos de una novela,
entrevista de Marcos Mayer (pág. 7)



LEONARD COHEN: UN CANADIENSE

Prisionero en la Torre de

RODRIGO FRESAN

Con casi sesenta años, libros de poesía, novelas, discos y una conducta caracterizada por no haber comulgado con ninguna moda fugaz, el canadiense Leonard Cohen parece insinuarse como figura fundamental de un fin de siglo que unirá a varias generaciones de malditos y bellos que lo admiran sin reparos y que parecen haber superado diferencias a la hora de homenajearlo.

Sí, hay un lugar llamado la Torre de la Canción y Leonard Cohen —autor reinante de lo que se conoce como *folk noir* y padrino indiscutible del *angst* elegante— es el resignado y feliz prisionero que nació "con el don de una voz dorada" un 21 de setiembre de 1934 en Montreal, Canadá. La "voz dorada" de Leonard Cohen es tan reconocible como la de Orson Welles, como la de Lou Costello, como la de Frank Sinatra, como la de Woody Allen, como la de Jacques Brel.

Pero no se parece a ninguna; su voz es, sencillamente, la voz de Leonard Cohen.

Lejos de un mundo donde sobran los Bukowski y los Sabina, la voz sube y baja los escalones de la Torre de la Canción, llena los cuartos, se enreda en el recuerdo de muchas mujeres que nunca son demasiadas. La voz ha servido de inspiración a otros. Se sabe que Bob Dylan no vacila en afirmar que "de no ser quien soy, sólo me gustaría ser Lenny Cohen". Gente moderna y complicada como Nick Cave, Lloyd Cole, Ian McCulloch, The Pixies, James y siguen los nombres, no se hicieron rogar a la hora de grabar un disco doble homenajeando la figura engañosamente patriarcal de alguien que no parece obedecer los dictados de ninguna moda porque la moda es él. *I'm Your Man* (*Soy tu hombre*) se llamó su último disco. *I'm Your Fan* (*Soy tu fanático*) se llama el que acaban de dedicarle, y a los 57 años Leonard Cohen sigue siendo el mismo de siempre: trajes oscuros, zapatos lustrados hasta la obsesión, mirada que ha visto demasiadas cosas y la voz, claro, la voz que también dice cosas: "A la gente parece gustarle lo que hago otra vez. Hay músicos que me palmean la espalda como si fuera Beethoven. Gente joven graba mis canciones y parece que soy N° 1 en Islandia. Me gusta. Me siento como en la Edad Media. Hay una luz aquí y allá. Alguien alza una antorcha. A veces es en Varsovia, a veces en Reikiavik. Y esto puede ser difícil de creer pero juro tener evidencia confiable para presentar en caso de que alguien ponga en duda mis palabras: algunas personas me han dicho que lo que yo hago, más de una vez, les ha sido de ayuda para llegar sanos y salvos al final de la noche".

EL HOMBRE QUE AMABA A LAS MUJERES. Reconocí a Leonard Cohen, porque era imposible no reconocerlo, una tarde del tórrido verano londinense del '90. Lo de antes: traje oscuro, anteojos negros de mafioso inpredecible, zapatos encandilantes. Cohen cumplía con la misma ceremonia de siempre cada vez que pisaba la capital del imperio: hay un viejo bar donde desgranó las primeras canciones y al que siempre vuelve, con la sola compañía de una guitarra. Por cábala. Me habló de su intriga por la Patagonia y de la dificultad de encontrar la palabra justa que rime con *orange* (naranja). En el último número de la revista *Q*, Cohen sigue buscando esas letras que le brinden el espejo rimado a las naranjas de la China que una mujer generosa le ofrecía en "Suzanne", quizás la más célebre de sus canciones.

Así es, las obsesiones de Cohen son como un buen vino: mejoran con el paso de los años sin por eso perder su esencia original.

Y Cohen es una persona respetuosa para con sus obsesiones.

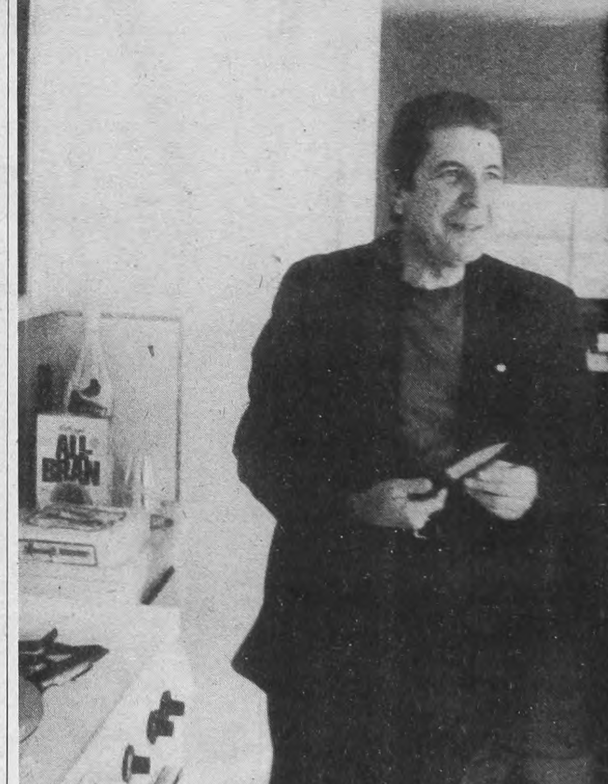
Hijo de una acomodada familia judía. Poeta y novelista que casi sin proponérselo se hace trovador de pub con la sola intención de levantar señoritas pudientes de piernas vertiginosas. Se hace relativamente famoso cuando Judy Collins graba la antes mencionada "Suzanne", extraña canción de amor que se las arregla para involucrar la figura de Jesús "hundiéndose como una piedra". Cosa que no es muy normal que digamos por esos días. Cohen aparece y desaparece. Ensaya nuevas pieles. Antes de grabar su primer disco publica volúmenes de poesía —*Flores para Hitler, La energía de los esclavos, La caja de especias de la tierra, Parásitos del paraíso, Comparemos mitologías*; todos en la colección Visor de poesía— y dos novelas magistrales. La primera, *The Favorite Game —El juego favorito,* Espiral— lo acerca a la iniciación salingeriana desde un ángulo inédito. La segunda, *Beautiful Losers —Los hermosos vencidos*, Espiral— lo convierten, según los especialistas, en "el James Joyce canadiense que escribe desde el punto de vista de Henry Miller". Cohen es escritor antes que figura del mundo del espectáculo. "No hubo verdadera transición de los poemas hacia la música. Fue muy sencillo. Se sabe que las condiciones imprescindibles para ser un poeta son arrogancia e inexperiencia. Condiciones de las que no carecía en absoluto. Así que pregunté cuál era la puerta. Y creo recordar que la abrí con una sonrisa."

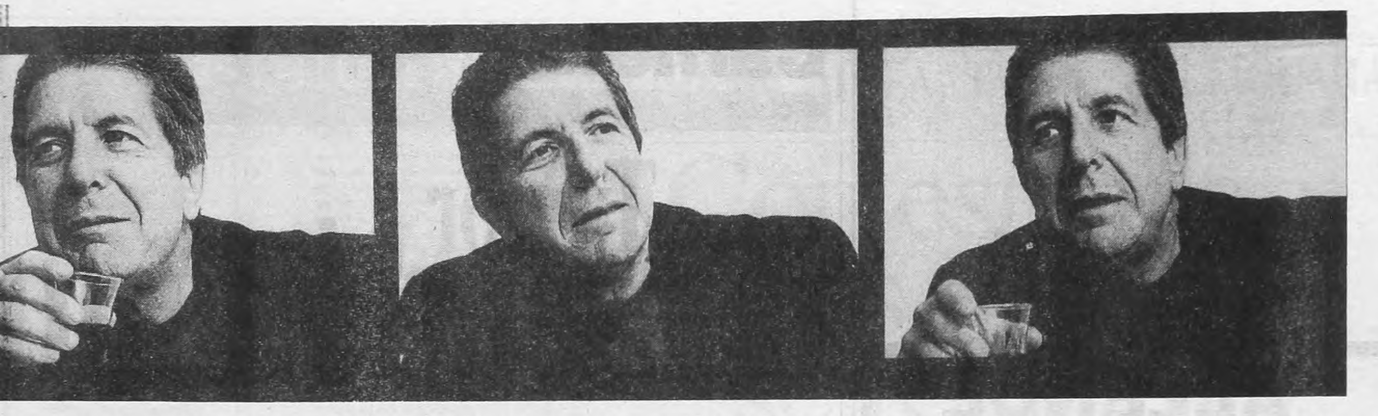
Cohen es entonces un cantante que —contra toda lógica— escribe buenos libros. Lo que no es poco. De ahí que una escena del revelador video documental *Songs from the Life of Leonard Cohen* lo muestre joven y sonriente buscando refugio y santuario entre las patas de la mesa de su camarín.

EL SOLTERO ALEGRE. Diez dis-



Antes y ahora de Leonard Cohen: "Por suerte, creo estar cambiando. Parece que ya no soy ese tipo melancólico e infalible a la hora de deprimir a tus mejores amigos".





ERRANTE

la Canción

cos imprescindibles —*Songs of Leonard Cohen* y *Songs from a Room* (1968), *Songs of Love and Hate* (1970), *Live Songs* (1973), *New Skin for Old Ceremony* (1974), *Greatest Hits* (1975), *Death of a Ladies'Man* (1977), *Recent Songs (1979), Various Positions* (1984) y *I'm Your Man* (1988)— y ninguna libreta matrimonial apuntalan una de las leyendas mejor educadas a la hora de hacer memoria. Porque, sí, Leonard Cohen fue amante de Janis Joplin —oír "Chelsea Hotel N° 2"— y fue obligado a punta de pistola a grabar un disco por el productor/shamán Phil Spector en un estudio repleto de armas que se disparaban solas y de sustancias químicas ilegales.

Hoy, en el borde mismo de los sesenta años, Cohen recuerda que "sí, anduve mezclado con gran parte del catálogo de las drogas. Las conozco a todas. Pero nunca me enganché con el tema de la cocaína. Verán, traté y traté, pero nunca me gustó ingerir cosas por la nariz; no es digno para un hombre de mi importancia. De ahí la comodidad que ofrecen las pastillas... pero no quiero corromper a la juventud".

Lejos de eso, en tiempos en que el folk parecía inundado por visiones psicodélicas o aires de protesta, Cohen compuso verdaderos himnos de batalla como "No vuelvas a casa si la tienes parada", esquivando con gracia toda posición combativa, maniobra que todavía hoy defiende como si se tratara de la mujer favorita en su harén ideológico: "Creo firmemente que todo aquel que se casa con el espíritu de su generación será una viuda durante la siguiente. Nunca me casé con el espíritu de mi generación porque nunca me pareció tan atractivo después de todo. Y desde entonces me he mantenido lo más alejado posible de cualquier vínculo matrimonial. A medida que se envejece, uno se descubre cada vez menos preocupado por comprar la última versión de la realidad. En un poema que escribí en el '73 llamado *La energía de los esclavos*, digo algo así como "Bienvenido a este libro de esclavos que escribí durante tu exilio, afortunado hijo de puta, mientras me tuve que enfrentar a todos los mentirosos de la era de Acuario". Digamos entonces que, como siempre, me encuentro ubicado en la primera línea de mi propia y confiable y pequeña existencia."

EL LAMENTO DE COHEN. Suzanne, Marianne, Joni, Janis, mujeres rubias de ser posible. A la hora de ensayar el vals de la biografía, Cohen ofrece mínimos atractivos del tipo Johnny Lennon, Bobby Dylan, Louie Reed (los diminutivos son de Cohen). No encontrarán posturas *on the road* aquí o el artista en viaje abstracto a sus profundidades. Porque la verdadera lucha de Cohen acontece en contra y a favor de miles de sexos femeninos. La nueva piel para esa vieja ceremonia que nos vuelve instantáneos cómplices de crimen a todos los que tropezamos por primera vez con alguna de sus canciones.

El ángulo de la estética cohenista se arma con una rara y exquisita mezcla de machismo y vulnerabilidad ante el mal llamado sexo débil. Y lo curioso, lo paradójico, es que Cohen después de tanta horizontal parece sentirse más cómodamente inspirado a la hora de lamer sus heridas y dejar asentadas sus más que numerosas derrotas: En "Everybody Knows" se preocupa por aclarar que "todos saben que has sido fiel / Ah, olvidemos ese par de noches". En "Famous Blue Raincoat", himno definitivo del moderno hombre cornudo, termina agradeciéndole al amante de Jane, su mujer, por "la angustia que borraste de su mirada / Creí que estaba ahí para siempre / Así que nunca intenté nada". En el poema "La canción cornuda", Cohen opta por aligerar su situación comprometida cuando, sabedor de estas cosas, admite: "Oh, había pasión, estoy seguro / Y hasta incluso algo de honor / Pero lo que realmente importaba era meterle los cuernos a Leonard Cohen". De este modo, el canadiense errante se erige en casi protagonista de una novela jamás escrita por Philip Roth pero que bien podría llamarse *El lamento de Cohen*.

O, si se prefiere, *Retrato del artista cornudo*. La vasta saga de un bardo que comenzó a destender camas mucho antes que Paul Simon pusiera por escrito aquello de "las negociaciones y las canciones de amor a menudo se confunden entre ellas". Uno de esos libros que se arman con personajes que funcionan a base de sexo complejo reventando con pasión de dinamitero loco las sábanas tanto propias como ajenas. Porque es ciencia exacta: cualquiera que lleve los cuernos con tanta dignidad es alguien que ha hecho crecer cuernos en más de una frente.

EL FINO ARTE DE ARRASTRARSE POR LAS ALFOMBRAS. Tal vez tenga que ver conque Lennie es, ante todo, un poeta como tal se mueve por la vida procurando rimas en lugar de efectos de grabación. Ahí va Cohen. Cohen en Grecia (donde casi muere por una insolación que él cometió el error de confundir con satori). Cohen en Cuba (confundido con la avanzada de la invasión a la Bahía de los Cochinos). Cohen a la medianoche de cualquier lugar padeciendo los gajes y las agonías del oficio ("Recuerdo haberme arrastrado por el piso del Royalton Hotel, en calzoncillos, tirado en la alfombra, golpeando mi cabeza contra el piso gritando que no, nunca voy a terminar la maldita canción; pero aun así, era una forma de progreso: porque antes me arrastraba sobre pisos que ni siquiera estaban alfombrados").

Los años no han pasado en vano, sin embargo, y ahora Cohen se emociona escuchando tributos como el disco grabado por Jennifer Warnes —*Famous Blue Raincoat*— o el multitribal *I'm Your Fan* sonriendo con pupilas mojadas de qué he hecho yo para merecer esto. *Be Your Real*, el largamente esperado sucesor de *I'm Your Man*, parece estar listo para ser lanzado en cualquier momento. "If You Could See What's Coming Next", una de sus canciones, comienza: "Si pudieras ver lo próximo que vendrá / Si pudieras descifrar el texto oculto / Dirías, dame amor o dame Adolf Hitler / Dame otra vez el muro de Berlín / Dame Stalin y Saint Paul / Dirías, dame Hiroshima o Jesucristo /Sólo arráncame de este espejo".

Así están las cosas. Leonard Cohen vive en Los Angeles, en una casa de decoración espartana de no ser por varios ojos de computadora y un sintetizador digital. Cohen parece siempre dispuesto a descorchar una botella de vino mientras dice que "escribir es jodido, duro para el corazón y duro para la cabeza... pero no me quejo". A los 57 años hay arrugas, cierto, pero arrugas distinguidas, "no es bueno que te digan *poeta*: Dios, es como si te dijeran *hippie*. Pero bueno..." Cohen desliza un casete y se escucha la particular y apocalíptica versión de "Tower of Song" —quizá, ver recuadro, la mejor canción jamás escrita sobre el oficio de escribir canciones—, a cargo de Nick Cave and the Bad Seeds. Nick Cave —también poeta, novelista, escritor, músico— se permite cambiar la letra y, donde Leonard Cohen le preguntaba al más dark de los baladistas country —Hank Williams— cuán solitario se ponía el asunto; Nick Cave repite la pregunta. Pero reemplaza interlocutor. Por entre el sonido y la furia de las guitarras eléctricas ahora Cave le exige a Lennie Cohen una respuesta.

Y, claro, Lennie Cohen, igual que Hank Williams, no contesta.

Pero se lo puede oír toser toda la noche en la Torre de la Canción.

TORRE DE LA CANCION

Mis amigos se han ido y mi pelo es gris
Me duelen las partes con las que solía jugar
Y estoy loco de amor, pero no llego hasta el final
Pago mi alquiler día a día en la Torre de la Canción

Le pregunté a Hank Williams cuán solitario se vuelve esto
Hank Williams no me contestó aún
pero le oigo toser toda la noche
Cien pisos encima mío en la Torre de la Canción

Nací así, no tuve opción
Nací con el don de una voz dorada
Y 27 ángeles vinieron del Más Allá
Y me ataron a esta mesa, aquí en la Torre de la Canción

Así que podés clavar tus alfileritos en tu muñeca vudú
Lo siento tanto, nena, no se parece en nada a mí
Me paro junto a la ventana donde la luz es fuerte
Ellos no dejan que una mujer te mate, no en la Torre de la Canción
Ahora podés decir que me volví un amargado, pero esto es seguro
Los ricos sintonizan sus canales sobre los dormitorios de los pobres
Y se viene el Gran Juicio, pero puede que me equivoque
Ya vez, yo oigo estas voces graciosas en la Torre de la Canción

Te veo de pie en el otro lado,
No sé cómo el río se volvió tan ancho,
Te amé, nena, allá lejos cuando...
Y arden todos los puentes que pudimos cruzar
Y me siento tan cercano a todo lo que perdimos
Que nunca tendremos que perderlo otra vez

Ahora te digo adiós, no sé cuándo volveré
Nos mudan mañana a aquella Torre al otro lado de los rieles
Pero seguirás oyendo sobre mí, mucho después de mi partida
Te hablaré dulcemente desde una ventana en la Torre de la Canción

DOS POEMAS

EL SUEÑO

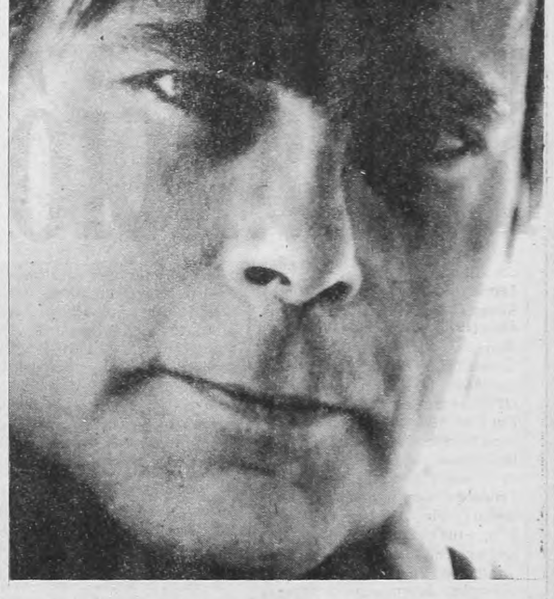
Oh, tuve un sueño maravilloso, dijo ella
Soñé que me hacías el amor.
Al fin, se dijo a sí mismo, el espíritu
se ha hecho cargo de parte del trabajo pesado.

TU CHICA

Ponla en cualquier parte
Apoyada contra una pared
Desnuda sobre tu lecho
Vestida de gala para el baile
Métele algunos pensamientos
en la cabeza
Ponle algo de dinero
en las manos
Asegúrate de que puedes hacerla acabar
por lo menos una segunda vez.
Hermano, esa es tu chica.

Tumor del seudónimo

LA MITAD SINIESTRA, por Stephen King. Editorial Grijalbo, México, 475 páginas. 230.000 australes.



Thad Beaumont es un prestigioso escritor del prestigioso circuito universitario. O sea, que a sus libros no los lee casi nadie. Thad Beaumont escribe a máquina y tiene dos casas que no pagó propiamente con los sueldos de sus cursos semestrales de escritura creativa. Es que Thad Beaumont hace unos años, cuando intentaba salir de un parate creativo, entró en trance, hizo a un lado su IBM eléctrica y agarró un vulgar lápiz negro.

De tal trance brotó una novela algo más que negra, que Beaumont —nobleza obliga— asignó a un seudónimo: George Stark. Su héroe —de algún modo hay que llamarlo— era un sureño ex convicto, Alexis Machine, duro como nadie, cruel como sólo puede serlo un fantasma crecido sin censuras en las entrañas de uno mismo, pero que de inmediato encontró un público adicto.

"He vuelto —dijo Machine. Halstead cerró los ojos, apretándolos lo más posible, pero no le sirvió de nada. La pequeña barra de acero se deslizó fácilmente a través del párpado izquierdo y perforó el globo del ojo con un leve sonido explosivo. Del orificio rezumaba un líquido pegajoso y gelatinoso—. He vuelto de entre los muertos y parece que no te da gusto verme, desagradecido hijo de puta."

Con párrafos como éste, Stark hizo rico a Beaumont. La maldita y exitosa saga de Machine duró cuatro novelas hasta que Beaumont se destrabó y escribió la segunda propia sin trance. Y sin repercusión, claro.

Así estaban las cosas cuando un obsesivo admirador de Stark descubrió tics de estilo en la primera novela de Beaumont e intentó chantajearlo con hacer público que detrás del culto escritor universitario se escondía en verdad un retorcido de aquéllos.

Para no ceder y con cierto sentido de la propia promoción, Thad hizo que su agente llamara a la chismosa revista *People* y le ofreciera la historia: quién está detrás de George Stark y el espectacular anuncio de que Machine ya no volverá a las andadas. Todo ilustrado con una producción especial de fotos: Thad Beaumont y su esposa, la madre de sus mellizos, abrazándose sobre una tumba de cartón con un epitafio para Stark: "Un tipo no muy agradable".

Pero Stark no sólo no es un tipo muy agradable sino que, Beaumont todavía no lo sabe, es su propio, malogrado mellizo. Y no sólo en la ficción. En realidad, George no nació nunca; pero sí existió. Nunca se desarrolló en el óvulo que sí engendró a Thad, pero existió. Y cuando Thad cumplió doce años, hubo que hacerle una extraña operación: le dolía la cabeza y escuchaba gorriones; los médicos pensaron en un tumor pero al abrir se encontraron, junto a los sesos del pibe, parte de una nariz, tres uñas y unos cuantos dientes. Lo que quedaba de George.

A Stephen King, hasta donde se sabe, nunca lo tuvieron que operar de un gemelo escritor. Pero sí usó en cuatro novelas un seudónimo, Richard Bachman, a quien está dedicada *La mitad siniestra*. "Esta novela no se hubiera escrito sin él", dice King, que ha sabido explotar como pocos a sus recurrentes personajes-escribas. Esta vez, el desdoblamiento del culto Beaumont y el brutal pero exitoso Stark también habla del propio King: best seller excluyente en Estados Unidos y autor de culto en Europa pero mirado con desdén por la *intelligentzia* de su país.

Uno siempre se lleva la impresión de que a las novelas de King le sobran cien páginas. Y algo de eso hay. Tal vez sea una concesión al mercado o un lastre de los códigos del best-seller. Pero poco más que esto se les puede criticar. Y ni tanto, si uno acepta el hechizo, que lo hay, de estas historias horripilantes que le suceden a sus puros americanos medios. Hasta el exceso de páginas y la falta de síntesis en diálogos y acciones queda en el recuerdo cuando estos textos echan a andar y cuantas más páginas uno devora de una sentada.

Por lo demás, King adaptó sus propias obsesiones y el terror a algunos tópicos de la industria de ficción de masas que hoy más impacta, el del asesino serial. Sólo que allí, donde los guionistas de Hollywood echan mano de monstruos remanidos tipo Freddy Kruger y los jóvenes escritores prefieren a los yuppies psicóticos para matar a repetición, King creó un monstruo tan perfecto como un personaje de ficción, un muerto vivo que se niega a que Thad Beaumont lo entierre como a un vulgar seudónimo.

Así las cosas, Stark es tan lúcido para matar como el psiquiatra de *El silencio de los inocentes*, el film de Jonathan Demme, pero llega a lucir como un maloliente muerto vivo de cualquier film de terror serie B.

De todos modos, uno de los atractivos de sus novelas es que a pesar de que tarde o temprano se las termina adaptando al cine (desde *Misery* hasta *Carrie* y *El resplandor*, por sólo mencionar las más famosas), King sabe poner blanco sobre negro aquello de lo cual la pantalla todavía no puede dar cuenta: un suspenso de largo plazo, digresiones heredadas de la novela naturalista y escenas como esta. "Estaba desnudo, sus ropas tiradas en una bola enmarañada bajo la mesa de café. Vio el agujero sangriento en la entrepierna. Los testículos aún permanecían en el lugar que les correspondía; el pene lo tenía metido en la boca. El espacio era amplio, pues el asesino también le había cortado la lengua al señor pez gordo. Estaba clavada en la pared con una tachuela" (página 91).

A diferencia de la mayoría de los ejemplos de thriller doméstico que Hollywood destila regularmente, en *La mitad siniestra* el terror no viene de afuera del *home-sweet-home* y todo indica que el orden hogareño no se restablecerá como por arte de magia si algún día desaparece el intruso terrorífico. La buena policía tampoco entiende nada de lo que pasa y en toda la novela no logra siquiera evitar uno solo de los crímenes. Por lo demás, hasta se puede llegar a pensar que Stark, la mitad siniestra del pulcro Beaumont, rubio, gigante, sureño y macho es la suma del racismo y el culto a la violencia gratuita. Otro signo de los tiempos.

Stephen King, como Roberto Arlt, es un escritor plebeyo, de nula pretensión —expresa al menos— de pasar a la historia de la literatura norteamericana por la concisión de su estilo. El prefiere la ficción pura y dura y se consagra ostentosamente a sus lectores. Para que no lo pierdan de vista, en una reciente edición pocket adelantó cuatro capítulos de su próxima novela que saldrá el año que viene. Leerlo produce siempre ese efecto áspero de todo texto poco refinado y ambiguo, pero que guarda la vieja contundencia del cross a la mandíbula. No es poco.

ROLANDO GRAÑA

Best Sellers///

Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1 *La conspiración del Juicio Final*, por Sidney Sheldon (Emecé, 140.000 australes). Los descubrimientos de un oficial que investiga el accidente de un globo meteorológico en los Alpes suizos conforman una historia de amor y suspenso.	1	11
2 *El ojo del samurai*, por Morris West (Vergara, 108.500 australes). El escritor de best sellers mundiales proyecta a sus personajes en una Unión Soviética devastada que pide ayuda entre capitalistas, alemanes y japoneses y la trama se desenvuelve en Bangkok.	2	6
3 *La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 178.000 australes) La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	3	5
4 *Scarlett*, por Alexandra Ripley (Ediciones B, 294.500 australes). Tómelo o déjelo: Scarlett O'Hara y Rhett Butler se reencuentran en la continuación de *Lo que el viento se llevó*.	4	9
5 *El impostor*, por Frederik Forsyth (Emecé, 150.000 australes). El autor de *El día del Chacal* recuerda los días de la Guerra Fría a través del impostor, una leyenda viviente del espionaje británico que, después de pasar a retiro, decide contar las cuatro misiones más importantes de su carrera.	5	11
6 *Crónica de un iniciado*, por Abelardo Castillo (Emecé, 135.000 australes). Treinta y seis horas en una Córdoba ominosa son la excusa para el rito del viaje iniciático de Esteban Espósito, donde no faltan resonancias que van desde los 60 argentinos hasta la infaltable y fáustica sombra de Poe.	8	5
7 *Zorro dorado*, por Wilbur Smith (Emecé, 150.000 australes). Otro episodio de la saga de la familia Courtnay. Esta vez se trata de rescatar a Isabella, atrapada en África durante la guerra de Angola.	10	19
8 *Fuegia*, por Belgrano Rawson (Sudamericana, 102.000 australes). Una novela de prosa transparente y precisa que arranca con la historia de los últimos nativos fueguinos, busca el Norte y encuentra —sin esfuerzo— el interés del lector.	—	4
9 *Fuego a discreción*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 124.000 australes). En una novela que puede ser leída como la continuación de *Siete de oro*, el protagonista recorre las calles de un verano en Buenos Aires. Corren los últimos días de la dictadura y en su búsqueda errática encuentra una razón para seguir vivo.	9	4
10 *La mitad siniestra*, por Stephen King (Grijalbo, 230.000 australes). En una de sus más violentas novelas, el autor presenta una aguda reflexión sobre la literatura *trash* a través de un escritor en lucha mortal con su seudónimo.	6	3

Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1 *Robo para la corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 178.000 australes) ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y el remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	3	2
2 *El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 139.500 australes). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzsche y desemboca en el posmodernismo.	1	4
3 *Todo o nada*, por María Seoane (Planeta, 170.500 australes). La biografía del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho; una investigación que revela dimensiones desconocidas de su vida y construye el retrato de una década trágica.	2	8
4 *Hacia un nuevo mundo*, por Guy Sorman (Emecé, 120.000 australes). El prestigioso académico liberal analiza el panorama internacional posterior a la Guerra Fría en el que dedica un capítulo a la Argentina y examina las ideas que dominarán en el futuro.	—	1
5 *Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 102.000 australes). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	7	24
6 *Proyecto '95*, por Rodolfo Terragno (Planeta, 124.000 australes). El autor de *Argentina siglo XXI* trata el estancamiento argentino, interpreta los cambios en el mundo y define las bases de un ambicioso plan de crecimiento.	4	13
7 *15 años después*, por José A. Martínez de Hoz (Emecé, 120.000 australes). Un examen retrospectivo del Programa Económico del 2 de abril de 1976 que —según su autor— "precedió a los grandes cambios a los que asistimos hoy en la Argentina y en el mundo".	—	1
8 *Pensamientos del corazón*, por Louise L. Hay (Urano, 120.000 australes). Meditaciones y tratamientos espirituales que recomiendan conectarse con el *Ser interior* para mejorar la calidad de vida y confiar en la capacidad de cambiar.	—	1
9 *La gran esperanza*, por Víctor Sueiro (Planeta, 124.000 australes). El autor que describió su experiencia de muerte clínica en *Más allá de la vida* se propone demostrar —con investigaciones y testimonios— que la muerte física es un principio y no un final.	—	1
10 *Corazones en llamas*, por Laura Ramos y Cynthia Lejbowicz (Clarín/Aguilar, 120.000 australes). Una historia novelada de la última década del rock and roll argentino contada por sus protagonistas. Según las autoras los músicos hablan y "se consumen de pasión, de amor y de escarnio".	5	4

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Lett, Ross, Homo Sapiens (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista, no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Josyane Savigneau: **Marguerite Yourcenar, la invención de una vida** (Alfaguara). Monumental biografía de un amujer misteriosa y sencilla quien supo urdir una literatura fuera de este mundo sin por eso negarse una existencia plena de vicisitudes. Savigneau, periodista de *Le Monde*, ofrece aquí —lejos de tanta biografía maliciosa— un retrato que no se apoya en lo superficial o escandaloso sino en una admirada revelación de secretos.

Paul Auster: **La música del azar** (Anagrama). Nueva novela del autor de *El palacio de la luna* donde vuelven a encontrarse temas característicos en la obra del escritor norteamericano: la novela del camino mezclándose con componentes góticos, la soledad del paisaje, el juego, el dinero y la figura omnisciente del padre desconocido.

EL CAZADOR OCULTO

Bernardo Neustadt.
Una amiga entró a comprar unas cosas, y le preguntaron si lo quería comprar en dos, tres o cuatro cuotas. Cuando se desmayó, lo compró.
Telefé Noticias. Canal 11. Diciembre 5, 20.55 hs.

Silvia Fernández Barrios, animadora.
(Raúl) Alfonsín llamó a resistir el proyecto del gobierno de (Carlos) Menem. Yo no sé qué le pasa a Alfonsín (...) Yo creo que está con una crueldad, y además afuera. Este... ¿cómo nos ha llamado?... Dijo que este gobierno era antidemocrático, en España. Llamar a resistir un gobierno es casi como que te suena autoritario (...) Estas son cosas que no celebran la democracia.
Cinco mujeres. ATC. Diciembre 9, 14.39 hs.

. rtha Legrand.
Tener el poder en tus manos y usarlo bien es algo fantástico. Para poder hacer el bien, es una maravilla, realmente. Todo el mundo debiera hacerlo.
Almorzando con Mirtha Legrand. Canal 9. Diciembre 5, 14.20 hs.

Guy Sorman, economista.
Daniel Hadad, animador.
G.S. (hablando en inglés): En 1985, recuerdo una discusión con (Raúl) Alfonsín y el gobierno radical de ese momento, y ellos me explicaban que querían liberalizar el país.
D.H. (traduciendo): En el '85, cuando estaba en el gobierno Alfonsín, recién comenzaba la discusión, pero no había demasiado convencimiento en el gobierno.
En voz alta. Canal 2. Diciembre 9, 22.15 hs.

Susana Giménez, animadora.
Este no fue un buen año, en general. ¡Ojalá que termine pronto!
Hola Susana. Canal 9. Diciembre 9, 23.35 hs.

LA MALDICION DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Las cosas del leer

Legendarios tesoros ocultos, directores cegados por la Historia y construcciones tan eternas como las pirámides. La vida de la Biblioteca Nacional parece estar construida con las tramas de los libros que alberga.

PATRICIA KOLESNICOV

Años hacía que no se celebraba en Buenos Aires una fiesta intelectual tan simpática y de tan alto significado como la que congregara el viernes anterior un público tan selecto en el nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, brillantemente inaugurado después del óptimo discurso del director, señor Pablo Groussac, y de la digna contestación del señor ministro de Instrucción Pública." Despuntaba el siglo y el primer número de *Caras y Caretas* se daba el gusto de narrar un logro: por fin la biblioteca se trasladaba a un edificio más grande, según venía reclamando Groussac desde hacía varios años.

El edificio de la calle México tenía sus historias: en el barrio se afirmaba que, en su terreno, un hombre había enterrado un tesoro de joyas y oro antes de huir a Montevideo, escapando de Rosas. Pacientes, los vecinos cavaron aquí y allá durante muchas noches, sin suerte. "Un tesoro de cultura", diría Perogrullo desde la vereda, antes de empujar la puerta y animarse al hall de la Biblioteca Nacional.

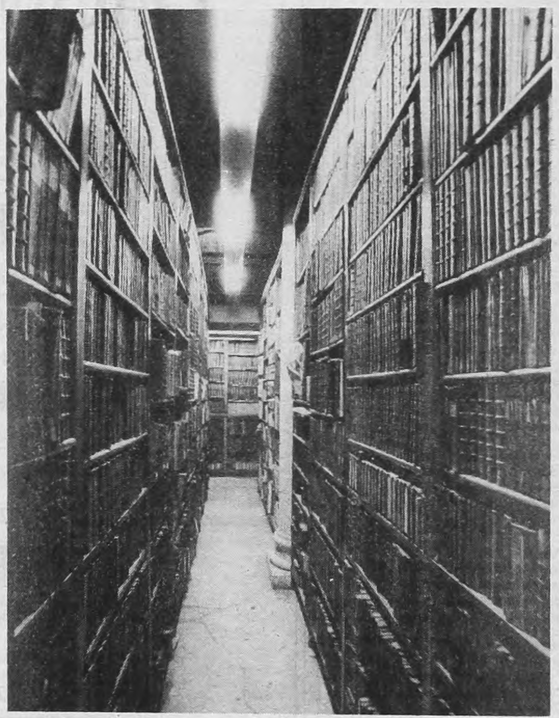
Ahora estamos de homenaje a Sabato. Se nota porque el hall está lleno de fotos suyas, libros expuestos, un retrato bastante feo y diarios con sus artículos. Un poco más escondidas, como elenco estable, se exponen también una máquina de escribir de 1852 y la que, veinte años más tarde, usó Paul Groussac.

En un costado, el rubio del guardarropas *—deje su bolso—* ni mira la enorme foto de la maqueta de un edificio que delata en su modernidad el paso de varias décadas.

El nuevo edificio ha sido la obsesión de cuanto director asumió desde que fue planeado y Enrique Pavón Pereyra, el actual, no tiene por qué ser la excepción. "Para la nueva biblioteca no ha habido ahorro, se ha comprado todo lo que se necesitaba", se jacta en su sillón, debajo de la foto de Menem con sonrisa, patillas, banda y bastón. Como tantos antes, da una fecha de inauguración. Dice que cuando Plaza Francia se alfombre de hojas secas, el edificio de Las Heras y Austria recibirá a los lectores. Dice también que, enseguida, funcionará allí mismo una cinemateca y un museo de la palabra "que ya tiene diez mil voces, desde Parravicini hasta Lisandro de la Torre". Pavón Pereyra ya camina por los pasillos de Barrio Norte. Quizá por eso no se haga problema porque en los temblequeantes ficheros de la actual biblioteca no se pueda encontrar ninguna obra posterior a 1980. ¿Deleuze, Baudrillard? Ausentes. Está *Enfermedad y Personalidad*, de Foucault, traducido por Emma Kestelboim (¿la mamá del Diego de *Juana y sus hermanas*?). Hay un escrito político de Chomsky, quien más bien se ganará unas líneas en las enciclopedias por haberle puesto una bisagra a la lingüística. Cuentan que los libros están pero no hay nadie que los clasifique, así que se amontonan en un depósito a la espera de que algún decreto devuelva los setenta empleados que se fueron extraviando desde el '55, cuando eran ciento treinta.

En el primer piso, donde está la oficina del director, hay clima de optimismo. En la salita de espera, frente al despacho, un joven Perón vestido de uniforme blanco alienta la gestión. Lástima que la partida no alcanzó para un clavito: el retrato está apoyado sobre un armario repleto de biblioratos. Cosas de la mudanza.

Si se sale del área y se pretende llegar a la biblioteca propiamente dicha hay que atravesar un largo pasillo donde diversos estilos decorativos han metido mano. Literalmente a media luz (un tubo sí, un tubo no), el pasillo ya no exhibe las maderas del hall o el primer piso sino que tiene sus paredes recubiertas de fórmica beige. Sobre una de ellas se apoya una fila de butacas que miran hacia la pared de enfrente. Si el espectador es afortunado, su ubicación puede coincidir con algunos de los exhibidores que, sobre esa pared opuesta, insisten en el homenaje a Sabato. A un costado de las cartas del omnipresente Paul Groussac, José Wilde, Manuel Trelles y otros, se puede conseguir un café despachado por un expendedor automático. En la ranura no hay que echar veinte centavos sino una ficha que se adquiere en forma manual allá en el guardarropa *—deje su bolso—* siempre y cuando haya cambio.



Cafecito en mano, doblamos a la izquierda y ya falta nada más que un hall para llegar al salón de lectura.

El referencista que conversa detrás de su escritorio debe llamarse Silvio Astier. Un arltiano Astier maduro, pantalón azul de alguna tienda de Avenida de Mayo, chaleco bordó y una raya llevando hacia el costado los rulos engominados. Su interlocutora acomoda las canas en un rodete que no oculta las horquillas. Hoy se ha excedido apenas en la pintura de los labios, lo suficiente como para que el contraste del rojo con el negro de la gasa que se anuda al cuello le reste aspecto de bibliotecaria. Un paso más y un mostrador, otra vez, de fórmica sostiene las papeletas a llenar para obtener los libros. El paisaje se completa con la luz vacilante de los tubos cayendo sobre una rosa remojada en el agua de una botella de Coca-Cola chica. Hay quienes se creen que ésta es la cara de la decadencia.

"Pregunté el número de volúmenes, me dijeron que era un millón. Averigüé después que eran novecientos mil, una cifra más que suficiente. (Quizá novecientos mil parezca más que un millón: *novecientos mil* en cambio un millón se agota en seguida.)" De los 67.707 volúmenes que contó Groussac en 1893 a los novecientos mil Borges en 1955 pasaron los mejores años de la biblioteca. Hoy no se puede afirmar cuántos volúmenes hay; algunos dicen dos, otros, tres millones. Enterradas en esa multitud están las joyas del tesoro: *Cuna y sepultura*, de Quevedo, publicado en 1634 en Madrid, *Quaestiones*, de Santo Tomás, Venecia 1476, y un *Martín Fierro*, de 1872, son algunas de las piezas separadas en una sección de libros reservados.

"La riqueza de la biblioteca —opina Julio Zolezzi, jefe del Departamento de Servicios Públicos— llega hasta 1940, 1950. A partir de ahí empieza a hacerse sentir la crisis que afecta a todo el país." Zolezzi es flaco y más de una de las canas de su barba se la debe a su cargo. Cuando él entró funcionaba el sistema de canje con bibliotecas extranjeras. "Ahora lo único que se recibe es lo que entra como depósito legal. El material extranjero hay que comprarlo", explica y disiente con la cabeza, mientras pasea por el polvo de la mapoteca, su cuartel general. Un pelirrojo nos interrumpe con un fuerte acento inglés, pide los diarios de 1850. En una semana tiene que volver a Londres. No hay problema, Zolezzi se los puede conseguir. "Pero no vas a empezar hoy, date una vuelta el lunes", le sonríe. El inglés no lo puede creer, pero ya es viernes y termina la tarde. Nadie está de ánimo de revolver el siglo pasado. Con todo, cuando vuelva el lunes, el colorado tendrá suerte: allá por los ¿queridos? setenta se microfilmaron casi todos los diarios de la centuria que busca. El presupuesto metió la cola y ahí se detuvieron, pero esas microfilmaciones permitieron canjes con la biblioteca del Congreso de Estados Unidos y la colección es importante.

La sala de lectura impone respeto. Tres pisos de paredes repletas de libros, entre placas de madera que anuncian CIENCIAS, DERECHO, HISTORIA, LETRAS o recuerdan a Homero, Virgilio, Dante, Shakespeare y Echeverría. Las alfombras están raídas y el clima *fin de siècle* se quiebra con los carteles electrónicos que llaman a los lectores por su número. El silencio de biblioteca convive con los walkman que usan muchos lectores mientras esfuerzan sus ojos a la luz de las lámparas, las que funcionan, sobre algunos de los escritorios.

Con el fichero hay que tener cuidado. Uno puede estar concentrado buscando un autor y sufrir el ataque traidor de uno de los cajoncitos que sale de golpe, al haberse cerrado su compañero de guía, al otro lado del mueble. Los sillones son cómodos: esta biblioteca está pensada para venir con tiempo.

Entre piso y piso, hay galerías que permiten acceder a los libros. Zolezzi lo recuerda a Borges caminando por ellas. Era enero, la humedad de Buenos Aires había expulsado a casi todos sus habitantes y la biblioteca estaba casi vacía. El director mandó llamar a dos de sus empleados. "Nos pidió que escribiéramos y empezó a dictar. Era la *Milonga de Jacinto Chiclana*. Dictaba dos versos, salía a recorrer la galería, entraba por los depósitos y volvía. Nos hacía leer, escribiendo en el vidrio con el dedo, y dictaba otros dos versos." Los libros y la noche, Borges se quedaba ciego, completando un terceto de directores a oscuras, que con él integraron Groussac y Mármol. "Ignoraba entonces que hubo otro director de la Biblioteca, José Mármol, que también fue ciego. Aquí aparece el número tres, que cierra las cosas. Dos es una mera coincidencia; tres, una confirmación", cuenta Borges en sus *Siete Noches*. Le pregunto a Pavón Pereyra si a él no le asusta ver la flor convertida en póker: "La única muerte a la que le temo es a la ceguera", contesta.

No es fácil indagar en la vida de esta institución. Como ayuda, el director me ofrece una *Historia de la Biblioteca Nacional*. La alegría me dura poco: es lo más reciente que hay y la escribió Paul Groussac en 1893. Dicen, pero hace mucho que dicen, que hay una nueva al salir.

A lo mejor es verdad y el edificio de México y Perú —debajo del que todavía está el tesoro— se irá con sus libros a otra parte en marzo. Certero, Borges previó su muerte para antes de la mudanza. "En diecisiete años de concurrir a la Biblioteca Nacional, ahora veo que lamentablemente la biblioteca mudará al Barrio Norte. Ocupará el predio que fuera la mansión de Perón. Pero yo ese nuevo asiento no lo veré. Antes habré de trasladarme a un solar vecino a esa flamante sede: el cementerio de la Recoleta. David fijó en setenta años el ideal de hombre y yo ya estoy haciendo trampa, tengo setenta y dos." Quizá los dioses hayan demorado la inauguración del nuevo edificio al escuchar esta sentencia.

CONVERSACION CON BELGRANO RAWSON

Los fuegos de una novela

MARCOS MAYER

El itinerario de Fuegia Baskett es una de esas ocurrencias entre malsanas y apasionantes que suele armar la historia por detrás de la polvareda del encuentro de culturas. Fue llevada desde su tribu natal en Tierra del Fuego a Gran Bretaña por el marino inglés Fitz Roy durante el siglo pasado y desembarcó en Plymouth elegantemente vestida junto a sus compañeros de viaje. Los días en Londres resultaron plácidos hasta que Fuegia fue descubierta en una situación confusa con un compañero de viaje. Esto aceleró la hora del retorno.

El buque tocó las costas fueguinas repleto de regalos para los indígenas, pero Fuegia, rehabitada de nuevos hábitos, no pudo tolerar el aspecto y la compañía de sus antiguos compatriotas y terminó por prostituirse con los marinos que recorrían esos parajes a la caza de lobos. Mucho después Fitz Roy se pegó un balazo, tal vez en memoria de Fuegia.

Una historia y un nombre que resultaron la primera inspiración para que Eduardo Belgrano Rawson titulara su tercera novela, después de más de diez años de la aparición de *El náufrago de las estrellas* y algunos más de haber obtenido el premio La Opinión con *No se turbe vuestro corazón*.

—La historia de Fuegia fue un punto de partida; empecé a buscar en archivos, a desenterrar documentos, a hacerle traducir libros del inglés a mi mujer. Pero rápidamente decidí que Fuegia fuera apenas un capítulo y luego su historia quedó reducida a una mención que no termina de quedar afirmada. Y me pregunto: ¿por qué desaproveché la historia de Fuegia Baskett? Cuando la cuento veo que nace una expectativa, un interés especial. Y me sigo preguntando el porqué de ponerme una dificultad adicional, por qué no aproveché una historia de seguro efecto y dejo, por el contrario, que la novela agarre el camino que quiera. Creo, definitivamente, que no escribo para un mercado.

—Pero dejaste el nombre...

—Me parecía un resumen magnífico de lo que podía ser esta o cualquier otra historia. Además, Fuegia puede ser una evocación o una alusión histórica de Tierra del Fuego. Si nos pusiéramos a rastrear documentos nos toparíamos con la palabra Fuegia. No es, lo sé, un título fácil; a la mitad de la gente le gusta mucho y a la otra la desconcierta. Y es probablemente una dificultad adicional para pedir la novela en las librerías.

—Hay algo diferente en tu narrativa: el mar, el sur, la aventura. Presencias poco habituales en la literatura argentina.

—Y es extraño, ¿no? Ni del sur, ni de la costa, aunque de la Patagonia se ha escrito bastante, sobre todo escritos periodísticos, informes y no tanto novelas. Tal vez eso sea una ventaja, encontrar un territorio virgen. En mi caso supongo que funciona la atracción de lo opuesto. Yo vengo de San Luis y no podría escribir algo sobre el desierto patagónico, que se me ocurre tan parecido a la pampa, en última instancia una costumbre familiar. Tampoco una novela rioplatense que ocurra en Buenos Aires. En cambio, la costa, el mar, han estado en mis sueños desde que comencé a escribir vaya a saber cuándo. Ver por primera vez el Río de la Plata fue un remezón, no te digo la primera vez que vi el mar, me pareció lo más fantástico que me había ocurrido jamás. Pero no creo que vuelva a escribir ninguna novela sobre el mar. Me parece que hasta aquí llegué, que ya está bueno. Quisiera pasar a otra cosa, sin siquiera un tufo de aire salado.

—En relación con la aventura hay también una tradición que recuperás: ese homenaje a Jack London en el título de El náufrago de las estrellas.

—No sé si hay un homenaje (aquí comenzó una larga discusión que incluyó consultas a la Enciclopedia Británica). La aventura es uno de mis objetivos literarios, así como ser claro, económico, transparente y resultar entretenido. La aventura entra dentro de mis posibilidades literarias.

—¿Cómo llegás al sur?

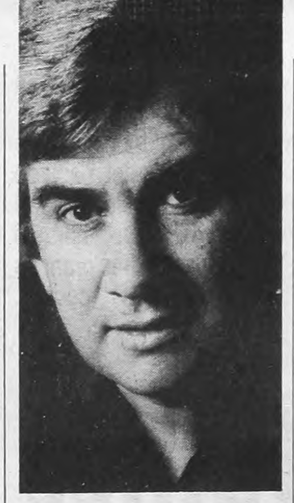
—Empecé a ir en 1976, primero en plan de turismo y luego volví varias veces. La historia de los fueguinos se me presentó cuando buscaba material para *El náufrago*... Pasó algún tiempo, seguí escribiendo, pero el viaje fundamental fue en el '87, cuando la novela ya estaba terminada. Necesité echar una mirada sobre el escenario posible de este libro, y no sé cuán útil fue, pero resultó muy entretenido. Crucé la península Mitre a caballo y a pie y pude tener un contacto con el lugar tal vez parecido al de los protagonistas de *Fuegia:* dormir en la playa, hacer fuego con leña mojada, ver bucear a los lobos marinos. Había un tema que me preocupaba en particular, saber cómo eran las turbas fueguinas, cómo se podía armar un escondrijo como el que construye Tatesh para los chicos. Mi ambición era que si me salía de lo verosímil fuera con plena conciencia.

—Esta mirada sobre el paisaje y su elaboración literaria debe haber representado un problema, tratándose de ámbitos tan distantes para el lector.

—La elaboración del paisaje es una especie de manía. No puedo escribir si no es desde el aire libre y eso significa una exigencia más porque, ¿cómo describir a esta altura del partido un paisaje? Es un problema adicional y trato de ser lo más evocativo posible. Pero en realidad me da trabajo escribir cualquier cosa. La computadora me ha venido bien, aunque sigo escribiendo a mano y en los boliches.

—¿Cómo se trama el lenguaje con esta exigencia de vocación?

—Hay que tener en cuenta que yo vengo de un dialecto que es el puntano básico, que, al igual que otros dialectos de la Argentina, ha sido barrido por el lenguaje unificador de la televisión y los medios, y no tengo el arsenal de palabras que tenía cuando era chico. En el encuentro de escritores de Pinamar se habló algo de esto, del lenguaje de los argentinos, pero, ¿cuál es el lenguaje de los argentinos? Algunos sostuvieron que la literatura argentina se escribe en lengua rioplatense y yo no tengo esa lengua. Tal vez a esta altura del partido utilice una especie de castellano neutro que se va modificando. Lo que trato de encontrar es esa capacidad de sugestión, de seducción que no ocurre hasta un momento especial. Uno puede pasarse la vida poniendo y sacando comas, tachando palabras sin lograrlo.



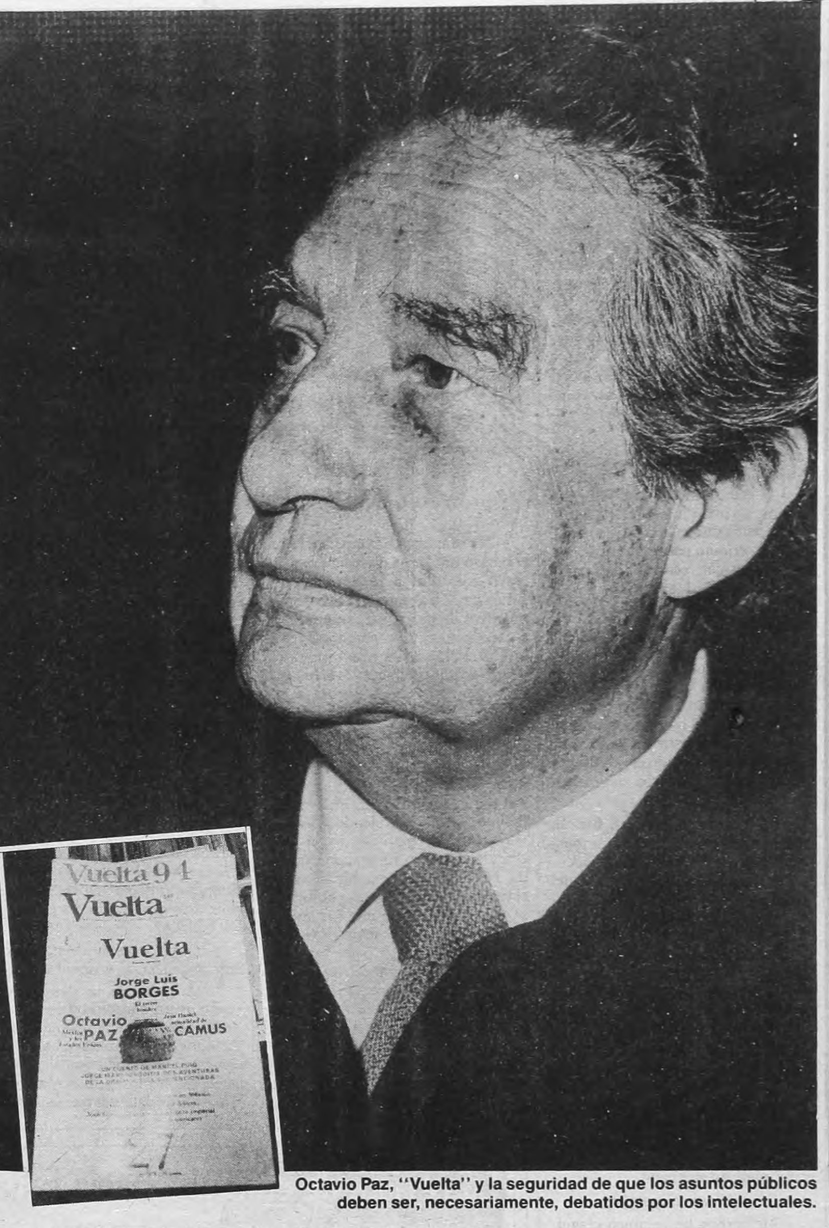
—Fuegia cuenta la historia de un genocidio. Hubo un momento en que la literatura argentina se propuso dar cuenta de los crímenes del Proceso. ¿Puede decirse que hay conexiones entre aquel genocidio y el de los 70?

—Pensé en *Fuegia* en las postrimerías del proceso militar y seguramente las desapariciones estaban pesando. Pero no puedo afirmarlo y no quisiera mentir en algo tan delicado. Frente al Proceso, en aquel momento, pensé que había que tomar una decisión política, hacer una suerte de compromiso para que nunca más tres comandantes decidieran la suerte del país. Y pensé que había que afiliarse a un partido. Ahora los escritores estamos alejándonos de la política, tal vez como consecuencia de un desencanto universal. Yo no diría que en *Fuegia* quise hablar de los crímenes del gobierno militar. Me animaría a decir, aunque la novela sólo tira puntas sobre sus causas, que es uno de los episodios más terribles que han ocurrido en este país. Pero me parece que la novela está escrita desde la compasión. Compasión por el género humano, por cada uno de los personajes, horribles algunos, y por las cosas espantosas que les suceden de uno y otro bando. Pero no se me escapa, y esto resulta claro en *Fuegia*, que la peor parte les tocó a los fueguinos.

Luego más café, recorridos por la literatura argentina, por Chandler y Faulkner, por el proyecto tal vez de una próxima novela que recoja las historias de la filmación en San Luis de *El camino del gaucho* con Gene Tierney y Rory Cahloum, la presencia de Buenos Aires en la narrativa porteña y una definición ante una pregunta previsible: "Escribir es una de las pocas cosas que se pueden hacer en la cama, no de las más divertidas, por supuesto".

El decimoquinto aniversario de "Vuelta" funcionó como reordenador del mapa de la intelectualidad mexicana a la hora de entender las grandes causas.

Los quince años de "Vuelta"



Octavio Paz, "Vuelta" y la seguridad de que los asuntos públicos deben ser, necesariamente, debatidos por los intelectuales.

TOMAS ELOY MARTINEZ

Tal como sucedió en la Argentina durante las cuatro primeras décadas del siglo, la discusión sobre el destino de la nación pasa en México no por la economía y la política —o no por ellas de manera excluyente, como sucede ahora entre nosotros— sino por la cultura. El propio Tratado de Libre Comercio que México firmará entre 1992 y 1993 con Estados Unidos y Canadá es analizado, ante todo, como un problema cultural. ¿Cuánto de la identidad nacional quedará en pie cuando la faja fronteriza, al sur y al norte del río Grande, se convierta en un vasto horizonte de "maquilladoras", como los mexicanos llaman a las factorías que trabajan para terceros? Esa pregunta tiene allí la misma importancia que el debate sobre la integración petrolera. Cuando se discute qué hacer con México, son los intelectuales (junto con el presidente de la república, que es uno de ellos) quienes llevan la voz cantante.

Eso explica que el decimoquinto aniversario de la revista *Vuelta*, dirigida por Octavio Paz, haya servido para agitar las aguas sobre los problemas serios del país y para saber de qué lado está cada uno de los escritores mexicanos ante las grandes causas.

Vuelta nació, en verdad, hace veinte años. Se llamaba entonces *Plural* y pertenecía a la misma empresa del diario *Excelsior*. El director de *Plural* era Octavio Paz; el de *Excelsior*, Julio Scherer García. Un conflicto demasiado largo de explicar obligó a los dos a dimitir. Scherer y el novelista Vicente Leñero fundaron el semanario *Proceso*, la revista de mayor circulación nacional; Paz y su adjunto, Enrique Krauze, lanzaron *Vuelta*.

En el "Repaso" con que se abre el número aniversario de *Vuelta*, el Premio Nobel 1990 explica que la publicación adhirió, desde el principio, a un credo de "multiplicidad y diversidad", y que por esa razón fue recibida con "anatemas, vituperios y quemazones". Reivindica, por lo tanto, la continuidad de la vocación "plural" que estaba en el origen mismo de la empresa.

El Consejo de Colaboración abunda en argentinos. Son ocho sobre un total de cuarenta —tantos como los mexicanos—: Adolfo Bioy Casares, Natalio Botana, Alberto Girri (la última entrega, de diciembre de 1991, no registra aún la noticia de su muerte), Roberto Juarroz, Enrique Molina, Silvina Ocampo, Olga Orozco, Kazuya Sakai. El interés de *Vuelta* por los temas argentinos no sólo se refleja en sus frecuentes estudios sobre la obra de Borges, de Bioy y de José Bianco sino también en la intención, concentrada hace cinco años, de lanzar una revista gemela en el Cono Sur.

La aventura se llamó *Vuelta Sudamericana* —porque el patrocinio era compartido con la editorial de este nombre— y su jefatura de redacción fue confiada al periodista y diplomático uruguayo Danubio Torres Fierro, con Enrique Pezzoni como asesor. Duró un año y medio, dieciocho números, y jamás alcanzó la repercusión ni la influencia del original mexicano, pese a que estaba avalada por el nombre de Paz y que muchos de sus mejores artículos eran publicados al mismo tiempo que en México. Importa saber, para que se entiendan más cabalmente estas reflexiones, que fui colaborador de *Vuelta Sudamericana*. Recuerdo cuánto solía lamentarse Torres Fierro de que los argentinos desaprovecháramos la ocasión —una y otra vez subrayada por el director Octavio Paz— de dar cabida a todas las corrientes de pensamiento y de discutir sobre todas las regiones de la inteligencia.

Aunque ya entonces *Vuelta* solía expresarse belicosamente contra el régimen sandinista de Nicaragua y aunque era notorio el antisocialismo militante de sus editores, el disenso solía filtrarse entre sus páginas. A menudo era pálido, temeroso o se expresaba a través de autores irrelevantes. Hacia mediados de 1987, cuando el apoyo de Ronald Reagan a los contra adoptó un cariz casi religioso —Reagan los llamaba "luchadores de la libertad", "herederos legítimos de nuestros padres peregrinos"— y cuando el novelista Carlos Fuentes asumió la defensa activa del gobierno de Daniel Ortega, *Vuelta* se enredó en una campaña desaforada contra Fuentes y los sandinistas, cuyos ecos se oyeron hasta en la prensa norteamericana. Aunque el autor del ataque era el subdirector de la revista, Enrique Krauze, y aunque Octavio Paz negara de plano su intervención, quienes conocen cuánto celo pone el poeta en el ejercicio de su autoridad dedujeron que las invectivas contra Carlos Fuentes no se habrían publicado sin su visto bueno. Algunos, con inocultable malicia, imaginaron que Paz trataba de aniquilar la imagen moral del único mexicano —aparte de él mismo— a quien la Academia sueca podía conceder el Premio Nobel. Cuando Paz ganó el premio, en 1990, ese argumento se desvaneció.

Lo que merece analizarse ahora, quince años después, es si *Vuelta* merece el adjetivo "plural" que Paz ha reivindicado con tanto énfasis. En el mismo "Repaso" que abre el número aniversario, el director explica cómo entiende la palabra. "Pluralismo no es eclecticismo", escribe. "Hemos publicado y publicaremos lo que amamos o nos conmueve, lo que estimamos o nos gusta, incluso lo que nos contradice." Lo que "nos contradice" ha sido, sin embargo, una escritura ausente en la revista.

Algunos intelectuales mexicanos de primera línea nunca fueron invitados a publicar o desaparecieron desde hace mucho tiempo de sus páginas, por no mencionar nombres mayores de la cultura latinoamericana. El propio Consejo de Colaboración adolece de cierta homogeneidad ideológica. Nadie podría culpar a Octavio Paz por eso. *Vuelta* es *su* revista; expresa *su* punto de vista. Lo que resulta menos aceptable es que pregone pluralidad y que, a la vez, sea reacio a practicarla.

¿Cómo entender que *Vuelta* prescinda de escritores mexicanos como Carlos Fuentes, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Vicente Leñero, Fernando del Paso u Homero Aridjis, cuya importancia no puede ser ignorada? ¿O que tampoco asomen por allí autores excepcionales que viven en México desde hace tiempo y que, de hecho, forman parte del fenómeno cultural de ese país como Gabriel García Márquez o Augusto Monterroso? Los debates sobre Nicaragua y sobre la caída de los regímenes socialistas habrían sido menos monocordes si ellos hubieran participado. Habrían aportado a *Vuelta*, precisamente, esa "pluralidad" de la que carece.

El "Repaso" de Octavio Paz advierte que "en las revistas de arte y literatura del pasado inmediato sólo de manera esporádica se debatían los asuntos públicos". Le complace que *Vuelta*, al fin, haya eludido el tabú. Y tiene razón. *Vuelta* retomó en ese punto la saludable tradición a la que *Sur* había adherido —de manera no esporádica— medio siglo atrás.

Quizá valga la pena comparar las experiencias de las dos revistas. En 1961, el jefe de redacción de *Sur*, José Bianco, renunció a su cargo porque la directora, Victoria Ocampo, le reprochó que hubiera viajado a Cuba. Aunque *Vuelta* nunca ha discutido ese incidente tal vez menor, es una entusiasta difusora de los méritos literarios de Bianco. Cabe preguntarse cuál habría sido la actitud de Paz si uno de sus hombres de confianza —Enrique Krauze, por citar un ejemplo imposible— hubiera aceptado una invitación del gobierno sandinista o una peregrinación al Kremlin en los confusos años de Andropov o de Chernenko. ¿Habría admitido una transgresión como ésa, ejerciendo la tolerancia que exige a sus ocasionales opositores?

Ciertos síntomas inducen a temer que no. En la edición de julio de 1991, hacia el final de una ácida reseña sobre el último libro de Gustavo Sainz —el escritor más desprestigiado de México—, se cita in extenso una supuesta carta cómplice de Carlos Fuentes a Sainz como recurso para poner en evidencia cierto "egocentrismo impúdico y descarado" del mundillo intelectual. Fuentes es mencionado en el mismo artículo un par de veces, dentro del mismo contexto peyorativo, en un tono que evoca claramente los ataques del subdirector Krauze en 1988. Y, tal como sucedió en aquella ocasión, resulta difícil aceptar que la embestida haya escapado al ojo vigilante de Paz.

El Premio Nobel, sin embargo, se sitúa *por encima* de la batalla. Cuando se le pregunta si la revista tiene algún conflicto con la obra de Fuentes o con sus ideas, responde que quizás exista ese conflicto en alguno de sus colaboradores, pero de ninguna manera en él: es amigo de Fuentes y lo elogió profusamente cuando publicó las primeras novelas. La respuesta exhala un cierto aroma de sofisma. Si el conflicto se expresara de un modo abierto, el novelista de *Terra nostra* podría defenderse. Pero cuando el ataque es de soslayo, lo único que puede hacer es resignarse.

El ejemplo tiene una clara moraleja. Ya que Paz sostiene, con tanto énfasis —y tanta razón—, que los asuntos públicos deben, necesariamente, ser debatidos por los intelectuales, ¿por qué no permite que también los asuntos intelectuales sean debatidos en *Vuelta*?

En estos quince años, la revista no sólo ha cambiado de nombre. También parece haber olvidado que alguna vez fue *plural*.